

Discurso de don Domingo Amunátegui S.

Un gran escritor francés ha presentado al pueblo polaco como una noble nación que «siempre supo morir y nunca aprendió el arte de vivir».

Esta opinión indudablemente es exagerada.

Los chilenos hemos tenido a la vista un elocuente ejemplo que la contradice: don Ignacio Domeyko.

Después de la última repartición de su patria entre Austria, Rusia y Prusia, se hallaba en Francia este ilustre sabio, consagrado al estudio de las ciencias naturales, cuando recibió la oferta del Gobierno de Chile para que viniera a enseñar en el Liceo de La Serena las asignaturas de química y de mineralogía.

Domeyko vaciló en abandonar la causa de Polonia; pero obtuvo la seguridad de que podría regresar a Europa en caso necesario.

Desde entonces desaparecieron sus objeciones, y resolvió aceptar la oferta.

Llegó a Chile en el mes de junio de 1838.

Domeyko fué un maestro ejemplar: dió a sus alumnos de Coquimbo y de Santiago lecciones admirables, compuso numerosos tratados de enseñanza, que aún sirven a la juventud de nuestros días, y realizó con sus discípulos excursiones científicas a interesantes comarcas de nuestro territorio.

El conocimiento geológico de la cordillera progresó rápidamente gracias a las investigaciones de Domeyko. Su labor fué igualmente fecunda en el alma de los estudiantes y en las profundidades de nuestras montañas.

Además del sabio mineralogista, merece la gratitud de los chilenos el reformador pedagógico.

Cuando Domeyko llegó a Chile, la segunda enseñanza y la instrucción superior no conocían fronteras. El maestro polaco demostró que estas dos disciplinas tenían campos diferentes; y consiguió que en 1852 nuestro Gobierno le dedicara secciones completamente separadas. Esta reforma esencial fué la obra de Domeyko.

Como era de justicia, Domeyko recibió el nombramiento de delegado universitario, con el encargo de dirigir la enseñanza del derecho, de la medicina, de las ciencias físicas y matemáticas, y de las bellas artes.

Durante quince años desempeñó esta alta misión, hasta que en 1867 fué elevado al honroso cargo de rector de la Universidad.

Puede afirmarse que don Ignacio Domeyko ha gobernado por más tiempo que nadie las aulas universitarias.

Estos son servicios inapreciables que nuestra República debe reconocerle.

No, los hijos de Polonia no sólo saben morir sino también vivir con honra y alcanzar la más alta gloria que puede conquistar un hombre: instruir a sus semejantes y revelarles las leyes de la naturaleza.